

Y hay en esto la menor contradicción en la doctrina y conducta de la Iglesia para tener derecho de asegurarlo, se necesitaba probar que declara legítimo ahora el interés que proviene del préstamo sin ninguna especie de título extrínseco. De modo que es palpable que no tiene este sentido la regla *provisional*; no se ha dado sino sobre la apreciación del título relativo á las actuales circunstancias, y sin ninguna decisión definitiva.»

**Quiliterios.** Secta nacida en Inglaterra, cuyo pontífice ha sido Jeremias Bentham, y que tiene por divisa, por regla, por decálogo

de sus pensamientos y acciones la utilidad práctica y positiva. La escuela *utilitaria* ha hecho progresos lamentables en nuestra época. Las especulaciones están á la orden del día. Se busca la ganancia, el capital y la fortuna, sin pagarse de los medios que á ello conducen. Así cunden los escándalos de tanta riqueza amontonada como por aluvión.... Proporcionalmente se aumenta la desdruidez y miseria de las clases desgraciadas: sin embargo respetemos los derechos adquiridos. La ley suprema del siglo XIX son los hechos consumados. Qué horror! Qué prostitución de principios y derechos!...

## V

**Vaca roja.** Estaba mandado á los israelitas el sacrificio de una *vaca roja*. Num. xx. 2 para hacer de sus conizas una agua de expiación destinada á purificar á los que estaban contaminados por el contacto de un muerto. Se tomaba una ternera de color rojo sin defecto, y que no se hubiese colorido, y se entregaba al gran sacerdote que la inmolaba fuera del campo en presencia del pueblo. Mojaba su dedo en la sangre de esta víctima, y hacía siete veces la aspersión junto á la parte anterior del tabernáculo: despues quemaba entero al animal. El gran sacerdote echaba al fuego leña de cedro, hisopo y grana teñida dos veces. Un hombre recogía las cenizas de la ternera, y las llevaba á un lugar puro fuera del campo, donde las dejaba depositadas para que los israelitas pudiesen poner en ellas el agua de que debían servirse para purificarse de las impurezas legales. Solo el gran sacerdote tenía de-

quam Sancta Sedes nondum voluit definire que cum sit sint, profecto vides horum generi rationem probari minime posse.

» Tu igitur qui in escolendo dominico agro tibi commisso pascis, cura ne verbi Dei personam singulari placita fidelibus proponant, neque ultra ea que sunt ad salutem necessaria extenuare utilla, sermo coram divagetur.

» Cum parvo hanc debemus qui in agrario si in presertim, constantem animi meti erga dominationem tuam illustratam et reverendissimam, voluntatem et observationem juvenis volo testatum. Dominationis tue illustratam et reverendissimam adlectis innotuit.

» E. GAR. DE GREGORIO. P. M.

» Roma, die 7 martii 1853. »

recho para ofrecer este sacrificio; pero cualquiera israelita con tal que estuviese puro, podía hacer la aspersión de la ceniza mezclada con el agua á aquellos que necesitaban esta expiación. Hubiera sido muy incómodo venir al templo, ó recurrir á los sacerdotes para quitar una impureza que la muerte de los parientes podía hacer frecuentísima.

Algunos censores de las ceremonias judaicas han aventurado que esta era tomada de los egipcios, pero estaban mal enterados; por el contrario Herodoto I. 2. c. 41, y Porfirio de Abstin. I. 10. c. 27, nos enseñan que los egipcios inmolaban bueyes rojos, pero que respetaban las vacas como consagradas á Isis; esto está confirmado por el profeta Oseas, x. 5, que nos dice que los becerros de oro erigidos por Jeroboam y adorados por el pueblo de Samaria eran terneras. Las ceremonias que los egipcios observaban en sus sacrificios, según Herodoto, *ibid.* c. 38 y 39 nada tenía de comun con las de que acabamos de hablar de los judios. Manéon en *Josefo* I. 1. contra *Apion*, acusa á los judios de contradecir á los egipcios en la elección de las victimas, y Tacito *Hist.* I. 5. c. 4 observa en general que los ritos judaicos son opuestos á los de todas las demás naciones. No concebimos cómo el sabio académico que acaba de darnos la traducción de Herodoto, ha podido adoptar la preocupación de algunos literatos modernos, á pesar de los testi-

monios antiguos tan positivos. El de Moisés debería bastar para reprimir la temeridad de los criticos; antes de salir de Egipto dice á Faron *Exod.* vii. 26: « Los sacrificios que debemos ofrecer á nuestro Dios serian una abominación á los ojos de los egipcios; si inmolásemos en su presencia los animales que ellos honran, nos apedrearían. » Luego mas bien este legislador tenia idea de contradecir los ritos egipcios que de imitarlos.

Sin necesidad de copiar á nadie, sin duda ha podido comprender Moisés que las mismas cosas de que nos valemos para lavar y blanquear los vestidos, podrian servir tambien para la limpieza del cuerpo: así que la ceniza, el hisopo, las plantas odoríferas se han empleado siempre para el primero de estos usos; con razon creyó que este cuidado de lo exterior era un símbolo muyconveniente de la pureza del alma que los judios debían tener en el culto divino, y Dios no ha desechado aprobar esta analogía. V. **PUNTRUCADOS.**

**Vallantes (Heslans en frances).** Hacia fines del siglo V se llamaron así aquellos cutiguianos acéfalos que no sabían si debían admitir ó rechazar el Concilio de Calcedonia, y que no se adherían ni á Juan de Antioquia, protector de Nestorio, ni á san Cirilo que le habia condenado. Llamaron *Synodotinos* á los que se sometieron á este concilio. V. **ECTIQUIANOS.**

**Valdenses.** Secta de herejes que hizo mucho ruido en Francia en los siglos XII y XIII. Quizá no hay una cuyo origen haya sido mas disputado, que haya dado lugar á mas opuestas narraciones y á mayor número de calumnias contra la Iglesia romana. Pero puesto que se han hecho tantos esfuerzos para oscurecer esta cuestion, nada debemos omitir para saber á qué atenernos.

El sabio Bossuet, en su *Historia de las variaciones de los Protestantes*, I. 41, § 74 y siguientes, nos hace conocer á los *valdenses*, no solo por lo que han dicho de ellos los autores contemporáneos, sino por el testimonio de los que los han preguntado, que trabajaron en instruirlos y que algunas veces lograron convertirlos. Nos dice que estos sectarios, llamados tambien *poivres de Leon*, *leonistas ensabatados* ó *insabatados*, porque llevaban *sabatos* ó *sandalinas*; empezaron el año 1160, por un tal Pedro Valdo comerciante de Leon. Se persuadió que la pobreza evangélica era absolutamente necesaria para la salvacion; él dió el ejemplo, distribuyendo todos sus bienes á los pobres, y consiguió persuadir su opinión á otros ignorantes. Concluyeron de esto y publicaron que puesto que los sa-

cerdotes y los ministros de Jesucristo no ejercian la pobreza apostólica, no tenían ya el poder de remitir los pecados, de consagrar el cuerpo de Jesucristo, ni administrar verdaderos sacramentos; que todo lego que practicase la pobreza voluntaria, adquiria un poder mas real y legítimo para hacer estas funciones y predicar el Evangelio que los sacerdotes. Sostenian tambien que según el Evangelio, no es lícito jurar en justicia, exigir la reparación de un daño, hacer la guerra, ni castigar con la muerte á los malhechores. Tales son los errores por los que los valdenses fueron desde luego condenados por el papa Lucio III hacia el año 1183; los autores contemporáneos no les atribuyen mas. Se conviene generalmente en la dulzura, inocencia, y pureza de costumbres de estos primeros *valdenses*, lo que les atrajo al principio un gran número de prosélitos entre el pueblo, é hizo que su secta progresase rapidamente.

Raínerio Sancho, ó Reinier, que habia sido ministro de los albigeneses, aljuró sus errores y entró en los dominicos el año 1230. En el tratado que escribió contra los *valdenses*, además de las opiniones de que acabamos de hablar, les acusa tambien de desochar el purgatorio y las oraciones por los difuntos, las indulgencias, las fiestas y la invocación de los santos, el culto de la cruz, de las imágenes y de las reliquias, las ceremonias de la Iglesia, el bautismo de los niños, la confirmación, la extremaunción y el matrimonio. Decian que en la Eucaristía no se hacia la transustanciación en manos del que consagraba indignamente, sino en la boca del que la recibia dignamente. Admitían, pues la presencia real y la transustanciación, cuando se consagraba dignamente la Eucaristía. Pedro Pylledorf, que escribió tambien contra los *valdenses* hacia el año 1230, habla como Reinier de su origen y de su creencia. Añade que desechaban la misa como institución humana, y las ceremonias de la Iglesia, *exceptuando únicamente los sacramentos*; que despues de algun tiempo aunque legos, se entrometieron á oír confesiones y dar la absolución; que uno de ellos creyó poder consagrar la Eucaristía y se comulgó él mismo. Así el fanatismo de los *valdenses*, como el de todas las demás sectas, se aumentó con el tiempo y los llevó de error en error. Despues veremos las causas de este progreso.

Basnage, que escribió su *Historia de la Iglesia* para refutar á Bossuet sostiene, I. 24, c. 10, § 2, que el verdadero padre de estos herejes es Claudio de Turin, que se separó

de la Iglesia romana en el siglo IX y cuyos sectarios se perpetuaron hasta el XII en los valles del Piemonte, que probablemente esto es lo que hizo llamarlos *valdenses*. En la palabra ClAUDIO DE TURIS, hemos hecho ver que este hereje, discípulo de Félix de Urgel estaba como él en el error de los adoptianos, que su opinión con respecto á la encarnación guardaba un término medio entre el arrianismo y el nestorianismo, error que fue condenado en el siglo VIII en tres concilios consecutivos. Si hubiese dejado sectarios en los valles del Piemonte, sería imposible que desde el año 823, tiempo en que escribía Claudio de Turin, hasta el 1183, no hubiese hablado de ellos algún escritor; que en 360 años los obispos de Turin nada hubiesen hecho para purgar su diócesis de los errores enseñados por este persiguido, y que el papa Lucio al condenar á los *valdenses* no les hubiese acusado de estas falsas opiniones. Así que, la genealogía de estos sectarios forjada por Basnage y por otros protestantes, no tiene ninguna verosimilitud.

Una de las principales cuestiones, es saber si los *valdenses* negaban como los calvinistas, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y la transustanciación. Dice Bossuet que no desechaban ninguna de las dos; lo prueba con el testimonio de los autores que han hablado de la creencia de estos sectarios, y hemos visto que ni Reinier ni Pyllicdorf los acusan de esto, que mas bien suponen lo contrario. No obstante, pretende Basnage que los *valdenses* atacaban estos dos dogmas, pero no ha destruido ninguna de las pruebas positivas en que se funda Bossuet. Dice en primer lugar, § 3, que según el decreto del papa Lucio, los *valdenses* tenían opiniones opuestas á las de la Iglesia romana sobre el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, sobre la remisión de los pecados, sobre el matrimonio y demás sacramentos. Esto se concibe fácilmente; en efecto, era combatir la fe de la Iglesia romana el enseñar que un sacerdote rico y vicioso no consagraba el cuerpo y sangre de Jesucristo, ni remitía los pecados por la absolución, ni administraba válidamente el matrimonio ni demás sacramentos. Tal era la pretensión de los *valdenses*: pero por esto no negaban que Jesucristo no estuviese presente en la Eucaristía cuando era consagrado por un sacerdote pobre y virtuoso, ni que tal ministro fuese capaz de obrar válidamente los demás sacramentos. Según el testimonio de Reinier creían que en el primer caso, se verificaba la transustanciación en

la boca del que comulgaba dignamente. En 2º lugar objeta Basnage que según la narración de Pyllicdorf y otros, estos herejes desechaban la misa como institución humana, luego no creían en ella. Pero este historiador se expresa con bastante claridad diciendo que la desechaban con las ceremonias de la Iglesia, *exceptuando únicamente los sacramentos*. Admitían, pues, al menos, la sustancia de los sacramentos, en particular del de la Eucaristía, que consiste en la consagración. Lutero, á su vez, suprimió la mayor parte de las ceremonias de la misa, sin negar no obstante el dogma de la presencia real.

En tercer lugar, este crítico opone á sus adversarios, § 18, una narración de un inquisidor, cuya fecha no se sabe, y otros dos instrumentos cuya autenticidad es bastante dudosa; pero no ha podido sacar de ellos mas que consecuencias forzadas y que nada prueban. Por último, confunde á los *valdenses* con los albigenes, que en efecto, ni admitían la presencia real ni la transustanciación; pero ha demostrado Bossuet la enorme diferencia que había entre los pareceres de estas dos sectas en su origen: no se puede, pues, de la una sacar ninguna consecuencia para la otra. V. ALBIGENSES.

Otra cuestión es el saber cómo fueron tratados los *valdenses* desde su nacimiento. Dice Bossuet que contra ellos no se ejerció ninguna persecución. Basnage sostiene lo contrario; asegura que según el tenor del decreto de Lutio III, los que no quisiesen abjurar su error debían ser puestos en manos de los jueces seculares, *para sufrir la pena debida á su crimen*. Pero confiesa que no se ejecutó esta sentencia, porque los papas tenían otros negocios entre manos. Cualquiera que haya sido la razón del olvido en que se dejó á estos sectarios, por eso no es menos cierto el hecho.

No obstante, asegura Basnage, § 11, 13, 18, que en el año 1234, había una persecución declarada contra ellos, que habían sufrido guerras y asesinatos, y que lo mismo sucedió en 1393, en 1473 y 1486. En vano hemos buscado pruebas positivas de todos estos hechos. En el año 1234, no hubo en Francia ninguna persecución contra los herejes mas que los decretos del concilio de Albi; ahora bien, esto era una repetición de los del concilio de Tolosa celebrado en 1229; estos decretos eran para los albigenes y no para los *valdenses*. En el año 1393, no hubo mas ocupación en el reino que el hallar el medio de terminar el gran cisma de Oriente

con respecto al pontificado. En 1473, no vemos ningún vestigio de persecución. En 1487, hejo Carlos VIII, el papa envió á Alberto de Catania, arcediano de Cremona, con misioneros, para que trabajasen en convertir á los *valdenses*. Pero como siempre los enfurecían estas tentativas, trataron brutalmente á los misioneros, sobre todo en los valles de Fenestrelles y Argentier. El marques de Salme hizo ir allá soldados, y es cierto que hubo con este motivo combates sangrientos entre estas tropas y los *valdenses* que se defendían desesperados. Mas por último los *valdenses* se vieron obligados á entregarse, á dejar las armas, é implorar la clemencia del rey. Desde entonces se dejó de perseguirlos. *Historia de la Iglesia galicana*. t. 17, l. 50, año 1487. Pero siempre han llamado los herejes persecuciones á las mas moderadas tentativas que se han hecho para instruirlos.

Como Basnage se ha podido obstinar hasta confundir á los *valdenses* con los albigenes: Estos eran verdaderos maniqueos, Bossuet lo ha demostrado. Según Basnage, los *valdenses* eran sectarios de Claudio de Turin; ahora bien, este hereje nunca profesó el maniqueísmo. Este crítico ha citado, § 26, el testimonio de Guillermo de Puylaurens, que distinguía tres sectas diferentes según el concilio de Albi, los maniqueos, arrianos y *valdenses*: es una preocupación el querer aplicar á una lo que no puede convenir mas que á las otras, y malamente se ha lisonjeado Basnage de haber destruido á su adversario.

Así Mosheim, que ha examinado esta cuestión con mejores ojos y que ha comparado todos los autores que han hablado de ella, no es de su opinión. Ha expuesto, como Bossuet, el origen y creencia de los *valdenses*. *Hist. ecles., siglo XII, 2ª parte, c. 3, § 11 y 12*. « Su objeto, dice, no fué introducir nuevas doctrinas en la Iglesia, ni proponer á los cristianos nuevos artículos de fe, sino únicamente reformar el gobierno eclesiástico, y dirigir al clero y al pueblo hacia la sencillez y pureza primitiva de los siglos apostólicos. » Expone despues sus opiniones del mismo modo que Reinier y Pyllicdorf. Dice, § 13, que los *valdenses* confiaban el gobierno de su Iglesia á los obispos, á los presbíteros y á los diaconos, y que tenían estos tres órdenes como establecidos por Jesucristo; pero querían que los que estuviesen adornados de ellas, se pareciesen á los apóstoles, que como ellos fuesen *illiratos*, pobres, sin ninguna posesión temporal, y ganando su vida con el trabajo de sus manos. Los legos estaban

divididos en dos órdenes; una de cristianos perfectos que de todo se despojaban, y estaban mal vestidos y vivían duramente; y otra de imperfectos que como los demás hombres, pero que evitaban toda clase de lujo y de superfluidad, como despues han hecho los anabaptistas. Por lo demás, Mosheim no ha sido tan imprudente que los acuse de haber negado la presencia real y la transustanciación.

Pero hace una observación esencial, y es que los *valdenses* de Italia no pensaban lo mismo que los de Francia y demás comarcas de Europa. Los primeros tenían á la Iglesia romana como á la verdadera Iglesia de Jesucristo, aunque corrompida y desfigurada: admitían los siete sacramentos, tenían como legitima la posesión de bienes temporales, y prometían no separarse nunca de esta Iglesia con tal que no se les molestase en su creencia. Mas fanáticos los segundos, nada querían poseer, sostenían que la Iglesia romana había apostatado y renunciado á Jesucristo, que ya no la gobernaba el Espíritu Santo, y que era la prostituta de Babilonia de que se habla en el *Apocalipsis*. Esta distinción que hace Mosheim, está confirmada además con el testimonio de algunos autores antiguos, y que se ha escapado á la mayor parte de los historiadores; nos parece importantísima, y apropiado para conciliar las contradicciones que hay en las varias narraciones que se han hecho con respecto á los *valdenses*.

Uno de nuestros filósofos historiadores, ó mas bien novelistas, ha formado de esta secta un cuadro de imaginación sacado de su cosecha, y de los escritos calvinistas; y se tuvo gran cuidado de copiarlo en la antigua *Enciclopedia*, en la palabra *valdenses*. Atribuye el origen de estos al error que inspiraron los crímenes cometidos en las cruzadas; á las dimensiones de los papas y emperadores; á las riquezas de los monasterios, y al abuso que hacían los obispos de su poder temporal. Sin embargo, estos sectarios no han alegado nunca ninguno de estos motivos para justificar sus declamaciones contra el clero. Es de presumir que los tejedores, zapateros y jornaleros principalmente la secta de los *valdenses*, no tuviesen gran conocimiento de los crímenes cometidos en las cruzadas, ni que estarían muy alterados por las disputas de los papas y emperadores. Tampoco eran ellos los que tenían mucho interés en los abusos que podían cometer los obispos en el uso de su potestad temporal. Querían

que los pastores de la Iglesia fuesen pobres é literatos como los apóstoles, que trabajasen como ellos y llevasen sandalias. Todos estos artículos les parecían de la mayor importancia, porque los hallaban prescritos por el Evangelio, *Marc.*, vi, 9, etc.

Otra negligencia grosera por parte de este filósofo, ha sido confundir á los *valdenses* con los albigenses. Estos eran maniqueos como lo ha probado Bossuet; los verdaderos *valdenses* nunca lo fueron. Los albigenses eran conocidos en Francia desde el año 1021, en el reinado del rey Roberto; el año 1147, veinte años antes que apareciese Pedro Valdo, había ido S. Bernardo á nuestras provincias meridionales para procurar instruirlos y convertirlos; y la sencillez del exterior de este santo abad no era propósito para dar una gran idea de la riqueza de los monasterios, y está probado que los demás misioneros de su Orden fueron exactísimos en imitarlo, *Hist. de la Iglesia galicana*, t. 10, l. 29, *edic. en 12.<sup>o</sup>*, p. 238.

Se conviene generalmente en la sencillez, dulzura é inocencia de costumbres de los *valdenses*, y no es sorprendente este fenómeno; ordinariamente se halla en los pueblos, que viven en las gargantas de las montañas. Separados de las ciudades y de su corrupción, ocupados en apacentar los rebaños y en cultivar algunos palmos de tierra, reducidos á la sola sociedad doméstica en la estación de las nieves, no conocen mas reuniones que las religiosas; entre ellos no se usa el vino, y viven solos de leche, y qué maligno vapor podrá infectar sus costumbres? Aun en el día los habitantes de los Alpes, tanto católicos como calvinistas, se asemejan al retrato que hemos hecho de los *valdenses*. Pero no era este el carácter de los herejes que asolaban el Langüedoc y provincias cercanas en el siglo XII con el nombre de *albigenses*. El año 1147, veinte años antes del nacimiento de los *valdenses*, Pedro el Venerable, abad de Cluni, escribía á los obispos de Embrun, de Die y de Gap: «Háise visto por un crimen inaudito entre los cristianos rebautizar á los pueblos, profanar las iglesias, destruir los altares, quemar las cruces, azotar á los sacerdotes, encarcelar á los monjes y obligarlos á tomar mujeres con las amenazas y los tormentos, etc.» Fleury, *Hist. ecles.*, l. 69, n. 24. ¿Cómo nuestro filósofo ha podido confundir con estos furiosos á los *valdenses* cuya dulzura é inocencia nos ensalza?

Contra los albigenses turbulientos, sediciosos, sanguinarios, y no contra los *valdenses*, el pontífice Inocencio III, envió á los in-

quisidores el año 1198, y publicó una cruzada el año 1208. No tuvo lugar mas que en el Langüedoc; las escenas mas sangrientas pasaron en Beziers, en Carcassona, en Lavaur, en Albi, en Tolosa; ninguna hubo en los valles de los Alpes tanto en la Provenza como en el Delphinado, á donde se dice que se retiraron los *valdenses*. Cuando nuestro novelista historiador, dice, que á fines de siglo XII, el Langüedoc se hallaba lleno de *valdenses*, y que se les persiguía á sangre y fuego, solo puede engañar á los crédulos ó ignorantes.

Es cierto que los que quedaron ignorados en los valles incultos que están entre la Provenza y el Delphinado, desmontaron aquellas tierras estériles y que por trabajos increíbles las hicieron á propósito para la siembra y pastos, y que enriquecieron á sus señores etc. Esta es una fábula pura y meta. Los valles de los Alpes, tanto del lado de Francia como del Piamonte, nunca han estado sin habitantes; los había cuando los atravesó Anibal: los Alpes cocianos, el monte Genis de ahora, los llamaron los romanos, *Cottii Regnum*; no estaban pues desiertos como tampoco ahora. El terreno de estos valles ha sido siempre á propósito para el pasto cuando se derrieten las nieves, y las listas de tierra que se hallan son fertilísimas. La población se aumenta naturalmente, por que los habitantes no se expatrian, están libres de los estragos de la guerra, la pureza del aire aleja la peste, y estos pueblos tienen buenas costumbres. No creemos que los *valdenses* hayan tenido la habilidad de hacer derretir las nieves de los Alpes, ni quitarlas el terreno que cubren todos los años. Las invenciones de este filósofo son otros tantos rasgos de ignorancia.

Resulta de todas estas observaciones que para tener una idea exacta de los *valdenses* es necesario distinguir las varias épocas de su heresía, y las diferentes comarcas en que se ha hallado. Que Pedro Valdo ó sus emisarios, hayan seducido fácilmente á los habitantes de los Alpes, pobres, ignorantes, alejados de las iglesias, de los pastores y de los auxilios de la religión esto es natural. Que estos errores hayan pasado los montes y hayan sido llevados hasta los valles del Piamonte, también esto se concibe. Debieron permanecer los mismos mientras que estos *valdenses* no han tenido comercio con los demás herejes. Así que el año 1317, Claudio de Seyssel, arzobispo de Turin, aun atribuía á los *valdenses* de su diócesis la misma doctrina por que habían sido condenados el año

1183, y que se ha expuesto fielmente por Bossuet, y por Mosheim.

Pero es poco menos que imposible que los del lado de acá de los montes dejasen de añadir bien pronto nuevos errores; se comprenderá atendiendo á la multitud de sectas de que estaba infestada la Francia en el siglo XII. Había en ella 4.<sup>o</sup> los albigenses llamados también *cataros* ó *buenos hombres*; esta era la secta principal que se la había visto nacer á principios del siglo anterior; 2.<sup>o</sup> los begardos que casi eran de la misma fecha; 3.<sup>o</sup> los petrobrosianos discípulos de Pedro y Enrique de Bruys; 4.<sup>o</sup> los sectarios de Tanquelino ó de Tanquelmo, y de Arnaldo de Brescia; 5.<sup>o</sup> los *capucini* ó encapuchados; hemos hablado de estas varias sectas en su nombre particular; 6.<sup>o</sup> por último los *valdenses* de que hablamos. Conocimos que estos varios fanáticos, ignorantes todos y de la hez del pueblo, no eran muy escrupulosos en materia de dogma y fácilmente fraternizaban unos con otros para sostener su interés común. Así como entre los protestantes, uno es bastante cristiano luego que se declara enemigo del papa y de la Iglesia romana, lo mismo entre los sectarios del siglo XII se erigió suficientemente ortodoxo el que declaraba contra el gobierno eclesiástico. No dudamos que un gran número de *valdenses* se mezclasen con todos estos declamadores, hiciesen causa común con ellos y adoptasen parte de sus opiniones. Así el año 1375 el papa Gregorio X escribía á los obispos del Delphinado para excitar su celo contra los herejes, juntamente en unión con los patarinos, los *pobres de Leon*, los arnaldistas, los fratricelos, *Hist. de la Iglesia galic. tom. 14 l. 41 año 1375*.

No debemos pues sorprendernos de que Reiter y Pylicdorf que conocían mejor á los *valdenses* de Francia que á los de Italia, y que escribieron un siglo después de su nacimiento, les hayan atribuido errores que aun no tenían en su origen. En segundo lugar no debemos admirarnos de que los autores contemporáneos no siempre hayan podido saber distinguir lo que cada una de estas sectas tenían de particular, y si algunos las han confundido con el nombre general de *albigenses* ó de *valdenses*. 3.<sup>o</sup> Pudo suceder que los *valdenses*, hechos tan furiosos como los demás herejes entre los que se habían mezclado, hayan sido comprendidos en la proscripción pronunciada contra todos ellos, y que se les haya perseguido á todos sin distinción como culpables de los mismos excesos. Véase *Guerras de Religión*.

Es constante que los que se llamaban en frances *coteaux, routiers, triaverdins, courriers, mandates*, eran criminosos semejantes á los circuncionados de los donatistas, á los salteadores llamados *rieados* en el siglo XIII y á los anabaptistas llamados *pastorizadas* en Inglaterra. No aborrecían ningún crimen, vendían sus fuerzas al que se las pagaba, y estaban seguros de la impunidad, bajo pretexto de religión. Para contener sus estragos publicó una cruzada Inocencio III en 1208. Hay pues muchísima mala fe por parte de los protestantes y de los incómodos en los querer persuadir que se les perseguido á los *valdenses* á sangre y fuego, á pesar de su inocencia y de la dulzura de sus costumbres. ¿Se fué á hacerles la guerra á los valles del Piamonte cuando estaban pacíficos?

Aunque hubiesen sido tales como en general han querido pintarlos los calvinistas, no vemos qué ventaja tengan con colocarlos en el número de esos antepasados, ni qué lustre puede dar semejante secta á su suya. Los *valdenses* eran ignorantes y hubieran querido que los sacerdotes no supiesen mas que ellos. Eran fanáticos puesto que su doctrina relativa á la pobreza voluntaria, á los juramentos hechos en justicia y al castigo de los malvados era destructora de toda sociedad. Eran tercios; 300 años de misiones é instrucción no pudieron hacerlos dejar sus preocupaciones. Su creencia se parecía mucho más á la de los anabaptistas que á la de los calvinistas, puesto que estos últimos nunca reconocieron á los anabaptistas por sus hermanos, es bien ridículo darnos á los *valdenses* por sus padres. Pero la conducta de estos sectarios nos manifiesta los efectos que acostumbra á producir la lectura de la Sagrada Escritura en los ignorantes é indóciles; los hace fanáticos é incorregibles; se ha visto reaparecer el mismo fenómeno al nacimiento de la pretendida reforma en Inglaterra. Véase ESCRITURA SANTA.

Ha querido persuadir Basnage que Pedro Valdo era un literato, que había traducido los Evangelios y demás libros de la Sagrada Escritura; esta es una falsedad, los hizo traducir por un sacerdote llamado *Esteban de Ensa*, y no fué feliz el éxito de este trabajo.

Los *valdenses*, al nacimiento de la pretendida reforma, supieron confusamente que en Suiza y en Alemania había hombres que declamaban como ellos; contra los obispos católicos. En 1330 enviaron diputados que tuvieron conferencias con Buceró y Ecolampadio y venimos por la misma narración de los protestantes, cuán diferente era por entonces la creencia de los *valdenses* de la de los cal-

vinistas; Bossuet *ibid.* l. 11, § 147 y siguientes. Basnage no se ha atrevido a poner en duda este punto. Pero en 1536, Farel, ministro de Ginebra, consiguió hacer abrazar el calvinismo. La confesión de fe que presentaron al rey hacía el año 1540, era obra de los ministros hugonotes que habían admitido entre ellos. En ella desechaban la presencia real y la transustanciación, el culto de la cruz y de los santos, las oraciones por los difuntos, la absolución sacramental, no reconocían más que dos sacramentos el bautismo y la cena etc. Estas ya no eran las opiniones de sus padres.

Desgraciadamente con esta nueva doctrina, adoptaron el espíritu sedicioso y violento de los calvinistas. Ya en el año 1530, después de sus conferencias con los protestantes, tomaron las armas y se defendieron contra las persecuciones de los obispos y del parlamento de Aix, porque se les había hecho esperar que bien pronto serían ayudados. En 1533, Francisco I, les concedió una amnistía con la condición de que abjurasen sus errores. En 1542 ó 1543, se amotinaron, tomaron las armas, destruyeron los altares, saquearon las iglesias y cometieron otros excesos. V. *Hist. de la Acad. de Inscrip.* t. 9, en 127, p. 615 y 652. Por estos hechos, sus apologistas no han tenido inconveniente en confesar, que dió una sentencia contra ellos el parlamento de Aix. Sin embargo el cardenal Sadoleto, obispo de Carpentras intercedió por ellos con Francisco I, y se suspendió la ejecución de la sentencia. Mas el primer presidente de Oppede, y el abogado general Guérin, irritaron el ánimo del rey, diciéndole que diez y seis mil valdenses querían apoderarse de Marsella. Nota de Amelot de la Honssaye, sobre la *Hist. del Conc. de Trento de Fro-Paolo*, t. 2, p. 410. En consecuencia se dió orden de exterminarlos; las poblaciones de Merindol y de Cabrières fueron reducidas a cenizas, y muertas cerca de cuatro mil personas.

Todos nuestros escritores modernos han declamado á profusa contra la crueldad de esta ejecución; han exagerado sus circunstancias, y no cesan de citarla como un ejemplo de los efectos que puede producir el celo de religión mal dirigido. Pero es engañar á los lectores poco instruidos, el atribuir esta expedición sangrienta al celo de religión, mas bien que al resentimiento excitado por la conducta sediciosa de los valdenses. Dos magistrados hicieron mal sin duda en exajerar su falta, mientras que un obispo pedía gracia para los culpables: pero lejos estaban estos hombres de obrar por celo de religión. El abogado ge-

neral Guérin fué acusado de avaricia, y de haber querido apropiarse parte de los bienes confiscados, y el presidente de Oppede de haber obrado por vengarse contra algunos particulares. Lo que hay de cierto es que el pueblo de Oppede cuyo nombre llevaba, fué destruido como los demás, y que diez ó doce familias católicas de Merindol fueron envueltas en la destrucción general. Sin duda se las hubiera salvado, si el celo de la religión hubiese entrado en algo en aquella carnicería.

El historiador pretendido filósofo del que ya hemos manifestado algunas infidelidades, las ha cometido nuevas con este motivo. Ha querido persuadir que la causa de la sentencia dada contra los valdenses por el parlamento de Provenza, fué su confesión de fe del año 1540, y la idea de castigar á los herejes obstinados. No debía olvidar su sublevación del año 1533, y la amnistía que el rey les había concedido; una amnistía supone vías de hecho y no errores. Como esta gracia era con condición de que los valdenses abjurarían su doctrina, dice que difícilmente se abjura una religión que se ha mamado con la leche, y á la que se sacrifican todos los bienes de esta mundo. Pero estos herejes no habían mamado la religión calvinista que acababan de abrazar, y no vemos qué bienes habían sacrificado hasta entonces.

Dice que estos, desgraciados no estaban dispuestos á la sedición, puesto que no se defendieron y huuyeron por todas partes, pidiendo misericordia. En efecto ¿ cómo se habían de defender en 1543 contra un ejército enviado para exterminarlos? Pero en 1543 los habitantes de Cabrières, pueblo situado en el Condado, ayudados por sus hermanos de Provenza, habían rechazado dos veces las tropas del papa hasta las puertas de Avignon y de Cavaillon; el papa había implorado la protección del rey para reducir á aquellos rebeldes, y Francisco I, por cartas de 11 de diciembre de aquel año, había mandado al gobernador de Provenza dar auxilio al legado: había habido pues dos insurrecciones de los valdenses, y el año 1543, cuando fueron perseguidos á sangre y fuego, en particular se había mandado la destrucción de Merindol, porque en él se fortificaron estos sectarios. En 1544, habían implorado la protección de los príncipes luteranos de Alemania, reunidos en Ratibona, y habían alcanzado una recomendación muy eficaz para Francisco I; y este príncipe no podía mirar bien este paso, *Hist. de la Igl.*, gal. l. 53, año 1541.

Por último, pretende nuestro filósofo que la cruel ejecución hecha contra los valdenses, dió nuevos progresos al calvinismo, y que la tercera parte de la Francia abrazó sus opiniones. Esta es una falsedad. Los progresos rápidos del calvinismo no empezaron en Francia hasta el año 1538, en el reinado de Enrique II, 10 años después de la muerte de Francisco I; causas mas poderosas contribuyeron á ello, y aun faltó, muchísimo para que desde luego se abrazase por la tercera parte de la Francia; pero nada cuesta una impostura á este noveloso escritor. En otra obra ha forjado calumnias aun mas atroces, con motivo del rigor ejercido contra los valdenses.

Por poco que se reflexione sobre la conducta de estos sectarios, se ve que entre ellos nada hubo constante sino una grosera ignorancia y un ciego aborrecimiento contra el clero católico; este es todo el fruto que entre ellos produjo la lectura de la Sagrada Escritura, que eran incapaces de entender. Poquísimo escrupulosos en materia de dogmas, los mudaron siempre que les pareció exigirlo su interés, se unieron indiferentemente á todas las sectas de los siglos XII y XIII, sin embarazarse con lo que creían ó no creían. Flexibles, tímidos, hipócritas cuando se reconocían débiles, no trataban mas que de disfrazarse bajo una apariencia católica; sosteniendo que no es lícito jurar en justicia, no tubieban en perjurar para disimular su creencia; condenando en general la guerra, se armaron contra sus soberanos; cuando se quiso embarazarlos en el ejercicio de su religión, tomaron parte en los tumultos que levantaron los demás herejes, y mas de una vez lavaron sus manos con la sangre de los inquisidores y misioneros que quisieron destruirlos. Tales han sido en todos los tiempos, y lo serán siempre todas las sectas heréticas.

Por lo demás, la afectación de una pobreza fastuosa y cinica en los herejes del siglo XII y XIII, es lo que dió origen á la institución de los religiosos mendicantes. La idea de los fundadores fué probar á los sectarios que se podía practicar una pobreza humilde, laboriosa, austera y verdaderamente evangélica, sin declamar contra el clero, y sin sublevarse contra la Iglesia. Esto ya estaba demostrado por el ejemplo de una congregación de valdenses convertidos que se asociaron el año 1207; tomaron el nombre de pobres católicos, continuaron viviendo como antes, y trabajaron inútilmente en la conversión de los demás valdenses; en 1256 se reunieron con los

hermitaños de S. Agustín; Helyot, *Hist. de las Ordenes monásticas*, l. 3, p. 21. S. Francisco por su lado, puso los primeros cimientos de su Orden el año 1209. Pero los protestantes, siempre estravagantes é inconsecuentes, después de haber aprobado la pobreza orgullosa y fanática de los valdenses, no han cesado de declamar contra la humildad y caritativa pobreza de los religiosos patólicos. V. POBREZA VOLUNTARIA, MENDEGANTES, etc.

**Valentinianos.** Antigua secta de gnósticos que nació á principios del II siglo de la Iglesia; poco tiempo después de la muerte del último apóstol. Valentin jefe de esta herejía era originario de Egipto; comunmente se cree que empezó á dogmatizar en su patria; pero habiendo querido esparcir sus errores en Roma, fué expulsado de aquella Iglesia, y se retiró á la isla de Cypre, donde puso los primeros cimientos de su secta; desde allí se extendió á parte de Europa del Asia y del Africa.

Tenemos noticia de sus opiniones por los antiguos PP. que las refutaron, y por algunos fragmentos de sus obras ó de las de sus discípulos que se han conservado. Admitía una mansion eófema de luz que llamaba *pleroma* ó plenitud, en la que habitaba la divinidad; colocaba en ella á una multitud de *eonos* ó inteligencias inmortales, en número de 30, unos varones y otras hembras; las distribuía en tres órdenes; las suponía nacidas unas de otras; las daba nombres y formaba su genealogía. El 1.º segun él, era Bythos, la profundidad, que llamaba *Propator* el primer Padre; le daba por esposa á *Ennoya*, la inteligencia, llamada de otro modo *Sigé*, el silencio; de su union habían nacido el espíritu y la verdad; estos tambien tenían hijos, etc. Jesucristo y el Espíritu Santo eran los últimos de estos *eonos*, y no habían tenido posteridad. Sería inútil dar mayor detalle de estos personajes imaginarios, que no pudieron nacer sino de una cabeza destronillada. Mas convienen los sabios en que Valentin no ha sido el primer autor de este monstruoso sistema; que algunos jefes de los gnósticos habían enseñado antes que él; que no había hecho mas que ordenarlo á su manera.

S. Ireneo que vivió poco tiempo después de él, y que habla conversado con muchos de sus discípulos, se propuso refutar esta doctrina en su obra contra las herejías; hace ver que es un tejido de extravíos, de absurdos, de contradicciones y de errores groseros, un verdadero políemismo. Sin embargo, ha habido en nuestro siglo críticos bastante

apasionados para querer rehabilitar la memoria de Valentin y sus iguales; se han esforzado para hallar razon y buen sentido en un caos de delirios que los PP. de la Iglesia han tenido como extravíos de algunos espíritus enagenados. Beausobre en particular en su *Hist. del Maniá*, l. 3, c. 7, § 8, y c. 9, § 9 y sig., ha intentado esta empresa; sostiene que el sistema de Valentin no es tan ridiculo como parece á primera vista; que era un método místico y alegórico de explicar los atributos y operaciones de Dios; que este hereje las ha personificado segun la costumbre de los filósofos de aquel tiempo, y que son las mismas ideas que las de Pitágoras y Platon, que podian haberlas tomado de los caldeos. Pretende que los PP. no concieron el verdadero sentido de lo que decian los *valentinianos*, y que malamente han tratado de hacer odiosa esta doctrina.

Mosheim, despues de haberla examinado, no ha sido de esta opinion. *Hist. crit.*, sec. 2, § 53; *de Hist. ecles.*, sec. 2, 2.ª part., c. 3, § 46 y 47, ha convenido en que de cualquier modo que se considere esta doctrina, nunca se podrá manifestar en ella una aparicion de buen sentido ni de ortodoxia; y que todos los que han trabajado para ello ha sido inútilmente. Nosotros creemos lo mismo, y no necesitaremos de muy larga discusion para probarlo.

4.º En vano se querrian tomar los *conos* de Valentin por las ideas metafísicas y abstractas de os atributos y operaciones de la Divinidad; por el modo con que hablaba de ellos; por las acciones y caracteres que les atribuia, vemos evidentemente que los tenia por seres realmente existentes; el mismo nombre de *con* que significa un ser vivo, inteligente é inmortal, es la prueba de ello; ¿en qué sentido podian dárseles cualidades abstractas? Si exceptuamos los bracones indios y los mitologistas griegos, nadie ha llevado á tal exceso la licencia de personificar todos los seres; ni Pitágoras, ni Platon se cuidaron nunca de eso. Debian conocer los *valentinianos* que el estilo poético de las fábulas no se habia hecho para explicar un sistema teológico; no podia valer mas que para enganar al pueblo y hacerlo politeísta, como hicieron los bracones y los poetas.

Aun cuando se obstinasen, en suponer lo contrario, tampoco hay razon ni exactitud en la genealogía de los *conos*. Desde luego que nada es mas estravagante que llamar á Dios ó al primer ser la *profundidad*, y darle por morada la *plenitud*; estas son dos ideas contrarias. Que se le llame el *primer Padre* y que

haya tenido por compañera á la *inteligencia*, enhorabuena; pero que esta inteligencia sea al mismo tiempo el *silencio*, este es un error grosero. Dios, la eterna inteligencia, nunca ha existido sin pensar, nunca ha estado sin su Verbo ó sin su palabra interior, este Verbo es eterno como él; por esto los PP. mas antiguos han dicho que este Verbo no ha emanado del *silencio*, S. Ignacio, *Epist. ad Magnés*, n. 8, puesto que segun S. Juan *estaba en Dios y era Dios*. Tampoco hay mas buen sentido en hacer nacer del primer Padre y de la inteligencia al *espíritu* y la *verdad*. Si el espíritu es la sustancia inteligente, es el mismo Dios, no es pues su Hijo; si es la facultad de pensar, es la misma inteligencia; la una no es pues hija del otro; la *verdad* no es mas que una palabra abstracta; es absurdo pues darle un padre y una madre. No es menos ridicula la restante genealogía de los *conos*; lo ha demostrado san Ireneo.

2.º La afectacion de Valentin de desechar el sentido literal de los pasajes mas claros del Evangelio, de querer entenderlo todo en un sentido místico, alegórico y cabalístico es inexcusable. Pretende hallar sus treinta *conos* en los treinta años que Jesucristo pasó en la tierra, en las diferentes horas en que el Padre de familia envió á los obreros á trabajar á su viña, *Mat.*, c. 20, etc. Estas alusiones arbitrarias y forzadas caracterizan á un perverso que sin creer en el cristianismo queria persuadir á los cristianos que su doctrina la habia tomado de sus libros. Asi los comentarios de sus discípulos sobre el Evangelio de S. Juan, cuyos fragmentos nos han dado los PP., son un caos de sueños ininteligibles destinados unicamente á admirar á los ignorantes.

3.º No podia negar que su doctrina no fuese directamente contraria al Evangelio, del modo que se entendia por los cristianos, y por consiguiente á la creencia universal de los fieles. Inútilmente sostenia que la habia recibido por instrucciones secretas que Jesucristo habia dado á algunos de sus apóstoles, y que estos la habian confiado á discípulos de confianza; si debian ser secretas, hacia mal en publicárlas. Por un nuevo rasgo de impudencia se alababa de haberlas tomado de un libro escrito por S. Matias, y de haber sido instruido por un tal Tíodad, discípulo de Pablo. Tan falso era este personaje como el pretendido libro de S. Matias. Lejos de haber tenido como los filósofos una doble doctrina, una para el pueblo y otra para los discípulos discretos, Jesucristo se habia propuesto principalmente instruir al simple pueblo, habia

mandado á sus discípulos predicar el Evangelio á toda criatura, *Marc.*, xvi, 13; que enseñasen en público lo que les habia dicho al oído; *Mat.*, x, 27; daba gracias á su Padre porque se habia revelado la verdad á los sencillos é ignorantes, mientras que estaba oculta á los cuerdos y sabios, *Luc.*, xxi, 21. Desde luego habia condenado las orgullosas pretensiones de los gnósticos y de los pretendidos iluminados.

4.º Valentin comprendia muy mal la naturaleza divina; no atribuía al *primer Padre*, ni el conocimiento de todas las cosas, ni la omnipotencia, ni la presencia fuera del *pleroma*, ni la providencia universal, ni el talento de conservar la paz y el buen orden entre los *conos* que componian su familia. Segun el sistema de los *valentinianos* los *conos* estaban sujetos á las pasiones y vicios de la humanidad, á la envidia, á la vana curiosidad, á la ambicion, al orgullo, á la rebelion contra la voluntad divina. Aquel de entre ellos que habia fabricado el mundo, lo habia hecho sin saberlo Dios y contra su gusto; el modo como explicaba Valentin el nacimiento del universo, era un absurdo digno de compasion. Creia, como Platon, que los astros estaban animados, que el hombre tiene dos almas, una animal y sensitiva, otra espiritual é inmortal; pero no decia de donde habian venido estas almas, si eran tambien nuevos *conos*; no conocia, así como los filósofos paganos, la naturaleza de las sustancias espirituales. El mismo Beausobre confiesa que los *valentinianos* no reconocian ninguna sustancia enteramente incorpórea.

5.º Segun este sistema fabuloso, el *con*, constructor del mundo tomó tanto orgullo por su obra, que intentó hacerse reconocer por solo Dios; y lo consiguió de los judíos, enviándoles los profetas que les persuadieron que no habia mas Dios que el criador del cielo y de la tierra. Los otros espíritus colocados en los astros y en las demas partes de la naturaleza, siguieron su ejemplo y se hicieron adorar por los paganos. Asi el conocimiento del verdadero Dios se perdió enteramente entre los hombres, y fué general la corrupcion de costumbres. En consecuencia los *valentinianos* tenian al antiguo testamento, no como obra de Dios, sino como la produccion de un enemigo de Dios; error que siguieron los marcionitas y maniqueos. Pero como es seguro, que desde la eracion del mundo, hasta el tiempo de Valentin no ha habido mas que dos religiones en la tierra, á saber, la de los adoradores del Criador y la de los paganos, que daban culto á los ge-

nios y á los motores de la naturaleza, se sigue que en el espacio de cuatro mil años el pretendido verdadero Dios de los *valentinianos* no ha sido conocido de nadie, y que en ningun tiempo ha sido adorado por ninguna criatura. Durante esta multitud de siglos, sin duda dormia en el *pleroma*, sin cuidarse de lo que pasaba en la tierra. ¿En cuántos años que se habia de cuidar del mundo que habia sido fabricado sin su consentimiento, ó de la razon de los hombres, cuyo padre no era? ¿Y por qué título estos debian interesarle en darle culto? Tal es la ridicula nocion que los *valentinianos* querian dar á los hombres de su pretendido verdadero Dios.

6.º Sin embargo, despues de este largo sueño, por último concibió Dios el designio de remediar los males que habia causado el *con*, formador del mundo; hizo nacer otros dos *conos* mas perfectos que los demás, á saber, el Cristo y el Espíritu Santo. Para enviar al Cristo hizo aparecer á Jesus bajo las apariencias exteriores de hombre; pero Jesus no tenia mas que un cuerpo sutil y aéreo, que no hizo mas que pasar por el seno de Maria como el agua pasa por un canal; por lo demás tenia dos almas como los demás hombres, una animal y otra espiritual; cuando fué bautizado en el Jordán, el Cristo descendió sobre él bajo la forma de una paloma, y le comunicó una virtud sobrenatural por la que obró milagros. Enseñó á los hombres que para agrandar al verdadero Dios, y llegar á la felicidad soberana, ya no se necesitaba adorar al Dios de los judíos ni de los paganos, sino al *Padre en espíritu y en verdad*. Por esto Jesus incurrió en el aborrecimiento de estos varios *conos* ó genios, que por vengarse excitaron á los judíos para que los hiciesen morir. Pero ni fué crucificado ni murió sino aparentemente; adornado de un cuerpo sutil é imposible, no podia sufrir ni morir realmente.

Por consiguiente los *valentinianos* no admitian ni la generacion eterna del Verbo, ni su encarnacion, ni la divinidad de Jesucristo, ni la redencion del género humano con el sentido propio. Unicamente hacian consistir esta redencion, en que Jesucristo habia venido á sustraer á los hombres del imperio de los *conos*, les habia dado lecciones y ejemplos de virtud, y les habia enseñado el verdadero medio de llegar á su bienaventuranza eterna. Pero si creian verdaderamente que Jesucristo era el enviado de Dios, debieran haber tenido mas respeto y docilidad á su palabra. Como atribuian la formacion de la carne del hombre, no á Dios, sino al fabricante del mundo,

la tenían como una sustancia esencialmente mala, y no admitían que debiese resucitar al quinto día. Ya hemos observado que Valentin no fué el primer autor de todos estos errores; tanto antes como después de él fueron enseñados por otros entusiastas, que cada uno los arregló según su gusto. Se tienen por discípulos suyos á Ptolomé, Segundo, Heracléon, Márcos, Colarbaso, Bardesanes, etc. Hemos hablado de estos individuos bajo el nombre de las sectas que fundaron. Los oñitas, los doctas, los severianos, los apostólicos, los adamitas, los cainitas, los sethianos, etc., fueron otras tantas ramas que salieron del mismo tronco; pero no podemos marcar con precisión ni la fecha de su nacimiento, ni el país en que doctrinaron, ni la diferencia que había entre sus opiniones. ¿Cómo había de reinar uniformidad entre fanáticos que tanto derecho tenían unos como otros para forjar errores y fábulas?

A todos los ha refutado S. Ireneo probando contra ellos la unidad de Dios, único criador y gobernador de la materia y del mundo, lo absurdo de la genealogía de los *eóns*, la cualidad de las pretendidas secretas tradiciones, opuestas á la tradición pública y constante de las iglesias fundadas por los apóstoles, la generación eterna del Verbo y su encarnación, la redención del mundo por Jesucristo, etc. No se necesitaría repetir los argumentos de que se valió, si hubiesen sido mas equitativos los protestantes. Pero como sostienen algunos que en esta disputa, los PP. razonaron mas algunas veces, que entendieron mal el sentido de las expresiones de sus adversarios, ó que desfiguraron expresamente las opiniones para hacerlas mas odiosas y fáciles de refutar, es importante justificar á estos santos doctores. Nuestros adversarios se dirigen especialmente á S. Ireneo, porque los principios que estableció son tan fuertes contra los herejes modernos como contra los antiguos; un pequeño análisis de su obra contra los herejes bastará para demostrar la injusticia de su crítica.

En su primer libro expone el santo doctor lo que decían los *valentinianos* de los *eóns* y de su genealogía, los pasajes de la Escritura de que abusaban, los varios ramos en que se había dividido su secta, y los diferentes errores que cada uno la había adoptado. Lo que refiere está confirmado por Clemente Alejandrino, por Tertuliano, por Orígenes, por S. Epifanio, y por los extractos que han dado de algunas obras de los *valentinianos*, no puede ser sospechosa su relación.

En el segundo libro, *cap. 1*, empieza por demostrar que siendo Dios el primer ser ó el ser eterno, es necesariamente solo Dios; que nada pudo limitar su esencia, su poder, su conocimiento, ni sus demás atributos, que es absurdo suponerle contenido en el *pleroma*, y quitarle el conocimiento, de lo que está fuera de él, que tampoco es mas razonable admitir dos, tres ó treinta *eóns* que suponer mil; que su genealogía está llena de contradicciones. Desde luego se ve que san Ireneo ha comprendido perfectamente las consecuencias de la idea de un ser necesario, existente por sí mismo; consecuencias que ninguno de los antiguos herejes ni filósofos supo conocer y que minan por la base todos sus sistemas. Tertuliano las ha desenvuelto también en su libro contra Hermógenes. Por espíritu de contradicción ha tratado Beausobre de justificar dos ó tres artículos de la genealogía de los *eóns*, pero no ha intentado refutar las contradicciones que en ella ha demostrado S. Ireneo; no ha combatido el principio fundamental establecido por este santo doctor, del que resulta que ha habido *eóns* ó seres subsistentes distintos de Dios, estos son criaturas y no seres necesarios y eternos, que Dios, por consiguiente, ha sido dueño de limitar su conocimiento, su poder, su naturaleza, como le ha agradado.

En el *cap. 2* hace ver este P. que Dios, cuyo poder no tiene límites, no ha necesitado ni de cooperadores, ni instrumentos, ni materia preexistente para hacer el mundo, que todo lo ha hecho por su Verbo, ó con solo su querer; *dictis et factis sunt*; que él ha criado también los cuerpos y las almas á los ángeles, á los hombres y á los animales, *initium creationis donans*; expresión notable. Lo mismo repite en el *cap. 9* y *10*. Tal ha sido, dice, *cap. 9*, la creencia del género humano fundada en la tradición de nuestro primer padre, y tal es también la de la Iglesia instruida por los apóstoles. Es de admirar que nuestros adversarios no se hayan dignado notar nunca cuán superior es esta metafísica sublime de los antiguos PP. de la Iglesia á la de todos los filósofos; ¿de dónde la han tomado sino de los Libros santos? ¡Y quieren que los filósofos hayan sido sus maestros!

Lejos de admitir el sistema de las emanaciones como los *valentinianos*, los refuta S. Ireneo, *cap. 13*, *15*, *17*, hajo todos los aspectos que se pueda considerar, porque siendo Dios un Ser simple, espíritu puro, siempre el mismo, nada ha podido separarse de su sustancia. ¿Se atreverán aun á decir-

nos que los antiguos PP. no tuvieron idea de la perfecta espiritualidad? La tomaron del mismo dogma de la creación, nunca ha podido concebirse la una sin la otra.

En el *cap. 14* sostiene S. Ireneo que los *valentinianos* tomaron sus *eóns*, ó sus fábulas, de los autores griegos, de los poetas, de los filósofos, particularmente de Platon y de los estoicos; que no han hecho mas que variar el nombre de los personajes para persuadir que eran los inventores, y manifestarlos por separado. Inútilmente se ha esforzado Beausobre para probar que este sistema no era mas que una teología filosófica y un platonismo puro, *Hist. del Mani.*, t. 2. l. 3. *cap. 1*, § 11 y 12. S. Ireneo lo ha visto antes que él y lo ha demostrado. Ahora bien, Platon no ha representado á los espíritus, genios ó dioses que colocaban en los astros y en otras partes, como seres abstractos y metafísicos, sino como personajes reales; Beausobre pues está obligado á confesar que los *valentinianos* han pensado lo mismo. Por lo demás, ya tomasen estos herejes sus visiones de Platon, como quiere Beausobre, ya las hayan recibido de los filósofos orientales, como sostienen Brucker y Mosheim, los argumentos que contra ellos hace S. Ireneo, no por esto son menos sólidos. Siempre se deduce que este P. no ha sido platónico de ningún modo, puesto que creyó combatir directamente al platonismo refutando á los *valentinianos*.

En el *cap. 20* y sig. hace conocer la necesidad de las alusiones por las que estos herejes querían sacar sus *eóns* ó sus fábulas de algunos pasajes de la Sagrada Escritura, manifiesta el modo ridículo de argumentar sobre el valor numérico de las letras del alfabeto como hicieron después los judíos cabalistas. *Capítulo 27* y *28* dice que se debe buscar la verdad en lo mas claro de la Sagrada Escritura, y no en las parábolas á las que se puede dar la explicación que se quiera. Mucho se necesitaba para que S. Ireneo estuviese tan prevenido como se pretende en favor de las explicaciones alegóricas y místicas de la Escritura; si se ha valido de ellas algunas veces era para sacar lecciones de moral y no para apoyar los dogmas como hacían los herejes.

En su tercer libro se propone el santo doctor refutar el subterfugio de los *valentinianos*, que pretendían haber recibido su doctrina del mismo Jesucristo, por secretas tradiciones, y por instrucciones que no había dado sino á algunos de sus discípulos mas inteligentes. Es un absurdo, dice *cap. 1*, *2* y *3*, el suponer que Jesucristo ha confiado su doc-

trina á otros que á los apóstoles á quienes había encargado predicar su Evangelio y fundar iglesias; ahora bien, estos no empezaron á predicar y á escribir el Evangelio sino después de haber recibido el Espíritu Santo, que debía enseñarles toda verdad. No es menos ridículo imaginar que los apóstoles confiaron la doctrina de Jesucristo á otros que á los pastores que establecieron para enseñar y gobernar las iglesias después de ellos. En la tradición y en la doctrina constante de estas iglesias es pues donde se debe buscar la verdad, sería necesario recurrir y atenerse á ella, aun cuando los apóstoles nada nos hubiesen dejado por escrito. Ahora bien, esta tradición no se ha conservado y anunciado en ninguna parte con mayor contidumbre y claridad que en la Iglesia romana, fundada por los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y en la que ha sido constante la sucesión de los obispos desde aquellos apóstoles hasta nosotros.

Los protestantes que han tomado por principio fundamental de su secta, que se debe buscar la verdadera doctrina de Jesucristo solo en la Sagrada Escritura, sin consideración ninguna á la tradición ó doctrina de la Iglesia, que sostienen que la de Roma ha introducido entre los cristianos, en la sucesión de los siglos una infinidad de dogmas nuevos no pueden perdonar á S. Ireneo el haber establecido una regla enteramente contraria: por esto han deprimido su talento y sus escritos. Pero ni sus clamores ni argumentos llegarán nunca á la solidez de las reflexiones y de los razonamientos de aquel Padre. ¿De qué servía citar solo la Escritura á herejes que perventían el sentido de todos los pasajes, y que para entenderlos como les acomodaba se atribuían luces superiores á las de todos los doctores de la Iglesia, y aun á las de los apóstoles? S. Ireneo, *ibid.*, c. 2, § 2, ¿cómo confundirlos sino demostrando la sabiduría y solidez del plan que había seguido Jesucristo para perpetuar la enseñanza de su doctrina en su Iglesia? Este plan siempre ha sido el mismo hace diez y ocho siglos, y siempre servirá del mismo modo para refutar á los herejes de cualquier secta que sean.

En el c. 3, y sig., hace ver S. Ireneo que nuestros cuatro Evangelios, que son los únicos auténticos, y los demás escritos de los apóstoles, contienen una doctrina coteramente opuesta á la de los *valentinianos*. Nos enseñan á conocer un solo Dios que todo lo ha criado por su Verbo, un solo Jesucristo Hijo único de Dios, Dios y hombre verdadero nacido de la Virgen Maria, un solo Espíritu

Santo, Dios y Señor como el Padre y el Hijo. Manifiesta que la misma fe y doctrina ha sido enseñada por los profetas del antiguo Testamento, de lo que deduce que han sido inspirados y enviados por el mismo Dios que después envió á su Hijo único para instruirnos, y no por un espíritu enemigo de Dios, como osaban decir los *valentinianos*. Refuta de vez en cuando las objeciones de sus adversarios, y las falsas interpretaciones que daban á las profecías.

En el 4.º libro continúa demostrando que hay una perfecta conformidad entre el antiguo Testamento y el nuevo, de lo que resulta que el mismo Dios es autor de ambos; concilia los varios lugares que los herejes pretendían hallarse en oposición; refuta los cargos que hacían contra los santos personajes de la antigua ley, y que aun repiten los incrédulos. Se fundan principalmente en la conducta de Jesucristo; este divino Salvador ha llamado constantemente á su Padre el Criador y lo ha dado á conocer á los hombres como el único Dios, como el mismo que adoraron los patriarcas, que inspiró á los profetas y que declaró que los críticos de estos se habían cumplido en sí persona. Lejos de destruir la ley ni los profetas, vino para demostrar la verdad, y confirmó la ley moral del decálogo en todos sus puntos. Aunque sea bastante extensa esta discusión, en ella no ha recurrido S. Ireneo á explicaciones místicas, alegóricas, ni arbitrarias, semejantes á las de los *valentinianos*, no se apoya sino en el sentido literal del texto sagrado.

El 5.º libro es una continuación del anterior; en el sigue este Padre probando con pasajes del nuevo Testamento, los varios artículos de nuestra fe puestos en duda y contradichos por los herejes.

Después de este pequeño análisis, no temamos ya en preguntar á los críticos si los argumentos de san Ireneo contra los *valentinianos*, son frívolos, sin exactitud y sin solidez, y si los que en el día se crean mas sabios que los PP., son capaces de presentarlos mejores. Sin duda dirán que este pequeño número de verdades está ofuscado en una inmundicia de cosas accesorias; ¿Era posible haberlo de otro modo escribiendo contra cinco ó seis sectas de herejes que no convenían en el fondo de su sistema y que variaban los accesorios hasta lo infinito? En toda su obra no pierde nunca de vista el santo doctor lo que tenía que probar, la unidad de Dios, su poder creador, su providencia general siempre sabia y bienhechora en la dispensación de las luces de la revelación, en la obra de la

redención y salvación de los hombres. Quizá vuelvan á su ordinario subterfugio, diciendo que este Padre no había entendido bien las opiniones de los *valentinianos*. Pero el mismo nos asegura que mas de una vez había disputado con ellos, l. 2. c. 17. n. 9. Entonces estos sectarios podían explicarse y contradecirle si falsamente los había atribuido algun error; Tertuliano, Clemente Alejandro y S. Epifanio les atribuyen las mismas opiniones que S. Ireneo. Esto escribió en las Galias, Tertuliano en Africa, Clemente en Egipto, casi al mismo tiempo; y se coaligaron para engañar de un mismo modo ó todos se engañaron por la misma ilusión? Clemente había leído los libros de Valentin, puesto que los cita, y que refiere un extenso fragmento de Teodoro, uno de los discípulos de Valentin. Orígenes ha dado algunos extractos del comentario de Heraclion sobre el Evangelio de S. Juan. Grave *Spici, heret., sect. 2.* Hubiera sido imposible á S. Ireneo el entrar en tantos pormenores de las varias opiniones de los gnósticos, si no hubiera visto sus escritos.

Todo esto no convence á nuestros adversarios. «No podría creer, dice Beausobre, que Valentin fuese tan loco que imaginase que las pasiones que no son mas que modificaciones de una sustancia, fuesen sustancias reales... Nunca creeré que filósofos, y filósofos sabios, hayan pensado de un modo tan absurdo y contradictorio.» *Hist. del Maniq., l. 5. c. 1. § 11.* Este crítico era dueño de creer todo lo que le agradaba, y de llamar grandes filósofos á una caterva de insensatos; tal era su preocupación. Según él, los herejes han sido incapaces de enseñar absurdos; pero no haya sido ningun Padre de la Iglesia que no haya sido capaz de atribuirseles, á despecho de la pública notoriedad, sea por falta de inteligencia ó por falta de buena fe. Este fanatismo de Beausobre se parece mucho al de los *valentinianos*.

Mas prudente, Moshem se limita á decir que los antiguos doctores engañados por la variedad de nombres, dividieron á menudo fuera del caso una secta en muchas ramas; que podemos dudar si nos han instruido siempre con certeza de la naturaleza y del sentido de las opiniones de que hablan, *Hist. ecles., siglo II, p. 2., c. 3, § 18.* Tampoco esto es culpa de los PP., sino de la multitud de charlatanes, que unos dogmatizaban en Asia, otros en Europa, y que todos se creían iluminados, y no había dos que pensasen absolutamente lo mismo, ó que perseveraran mucho tiempo en las mismas opi-

niones. Los PP. no pudieron saber mas que lo que decían estos sectarios en sus escritos y en las disputas que con ellos tenían; á esos últimos es á quienes se debe culpar, si no se explicaron con tanta claridad como quisieran los críticos modernos.

También se nos preguntará cómo los *valentinianos* y demás gnósticos pudieron hacer prosélitos, enseñando errores tan absurdos. S. Ireneo y Tertuliano nos lo dicen; pintaban á los pastores de la Iglesia como ignorantes y almas débiles, incapaces de comprender la verdadera doctrina; ensalzaban las superiores luces de los maestros que los habían instruido; aparentaban desde luego un aire misterioso para excitar la curiosidad; prometían explicarse después mas claramente; prometían á sus prosélitos que bien pronto sabrían mas que todos los doctores, y les recomendaban un secreto inviolable. Citaban á la ventura algunos pasajes de la Escritura cuyo sentido torcían, etc. Este ha sido el manejo de la mayor parte de los herejes, y no les ha ido mal con él á los fundadores del protestantismo. Nada hay mas inteligible que los comentarios de los *valentinianos* sobre los Evangelios; cuanto mas oscuros eran, tanto mas los admiraban los espíritus superficiales. Nos admiraríamos menos considerando hasta qué punto la filosofía pagana había ofuscado y pervertido la mayor parte de los ánimos.

No hablaremos de la moral de los *valentinianos*, pues era la misma que la de los demás gnósticos; la hemos expuesto en su lugar y hemos manifestado sus perniciosas consecuencias. Nos asegura S. Ireneo que algunos la enseñaban detestable, y no podemos dudar que un gran número la siguieron en la práctica. Pero no nos dicen los antiguos en qué difería el culto exterior de estos herejes del de los ortodoxos. Como quiera que sea, las opiniones y conducta de estas antiguas sectas nos dan lugar á hacer reflexiones mas importantes que las observaciones críticas de los protestantes; perdónese nos el haberlas repetido mas de una vez.

4.º Estas herejías son tan antiguas como el cristianismo, y suben al tiempo de los apóstoles; sus jefes no tenían ningun respeto á los discípulos de Jesucristo, puesto que los consideraban como ignorantes, que no tenían ninguna tintura de filosofía, y que no habían podido entender el verdadero sentido de la doctrina de su maestro. Mas si estos iluminados negaban la inteligencia á los apóstoles, no dudaban de su buena fe, no desechaban su testimonio relativo á los hechos del naci-

miento, predicación, milagros, muerte, resurrección y ascension de Jesucristo. Confesaban que todo esto se habia hecho aparentemente; no decían pues que todo esto era falso, que los apóstoles y evangelistas habían mentado, que la historia que habían escrito era fabulosa. Si hubiesen tenido alguna prueba ó testimonio contrario, algun medio de atacar la narración de los evangelistas, no hubieran dejado de valerse de él estos sectarios por el interés de su sistema. Puesto que no lo hicieron, es necesario que los hechos publicados por los apóstoles hayan sido una notoriedad incontestable. Si son ciertos, está demostrada la divinidad del cristianismo.

2.º También se deduce que la autenticidad de nuestros cuatro evangelios estaba universalmente reconocida, puesto que los gnósticos no negaban que hubiesen sido escritos por los cuatro autores, cuyos nombres llevan. Atestigua S. Ireneo que los *valentinianos* admitían el de S. Juan en particular, y esto está probado por los comentarios de Heraclion sobre este Evangelio. Lo preferían probablemente, porque habia sido escrito el último de todos, y porque S. Juan refiere con mas extension que los demás evangelistas los discursos del Salvador; pero no pretenden que los otros tres fuesen libros supuestos. Se disputaba sobre el sentido de estos libros; cada partido pretendía hallar en ellos su propia doctrina; no eran pues escritos apócrifos ó desconocidos. Cuando los herejes tuvieron la osadía de forjar otros después, los doctores cristianos no fueron engañados con esta impostura. En esto se atuvieron al testimonio de las iglesias fundadas por los apóstoles, que habian recibido de ellos nuestros evangelios, y no de otros, como auténticos é inspirados por Dios. Tal es la regla que ha servido para probar la canonicidad de todos los escritos del antiguo y nuevo Testamento.

3.º Cuando han dicho los incrédulos que en los tres primeros siglos se estableció el cristianismo en las nieblas, sin conocimiento del gobierno romano y de los magistrados, han manifestado una profunda ignorancia de lo que pasó entonces. Se disputaba sobre la doctrina cristiana en Roma, en Africa, en Egipto y en todas las provincias de oriente. Celso lo ha dicho á los cristianos, y todos los monumentos de la historia eclesiástica lo atestiguan. Es imposible que aquellas disputas no hiciesen ruido, y llamasen alguna vez la atención del gobierno. Lejos de escandalizarnos por estos debates, bendicimos á la providencia por haberlos permitido; demuestran que el cristianismo desde su nacimiento

ha sido examinado con ojos críticos y malignos, que se han discutido los dogmas, la moral, el culto, los títulos y los monumentos, y que nadie pudo abarzarlo por ignorancia y sin conocerlo bien.

4.º Los groseros errores de las diferentes sectas de los gnósticos nos manifiestan los importantes servicios que ha hecho la filosofía al género humano, y los maravillosos conocimientos que ha dado á sus sectarios. Por esto podemos juzgar si S. Pablo hizo mal en despreciarla, llamarla una locura y advertir á los fieles que desconfiasen de ella. Lo cierto es que el cristianismo no ha tenido mayores enemigos que los filósofos; combatiéron contra esta santa religión casi cerca de trescientos años sin querer abrir los ojos á la luz; algunos de los que aparentaron abarzarla, intentaron mudar la doctrina, y sustituiría con los sueños sistemáticos de que estaban infatuados, cuando vieron que sus astucias, sus sofismas y sus escritos de nada sercian, concluyeron por alzar el fuego de la persecucion contra los fieles. Afortunadamente algunos fueron mas sensatos y de mejor fe, se hicieron sinceramente cristianos, fueron los apologistas y predicadores de la doctrina de Jesucristo, y manifestaron que era una filosofía mas sabia y verdadera que la que habian enseñado los mayores genios del paganismo; tales fueron S. Justino, Atenágoras, Taciano, Hermias, S. Ireneo, san Teófilo de Antioquia, Orígenes, Clemente Alejandro etc. La mayor parte de los sistemas filosóficos no son conocidos mas que por la refutación que de ellos hicieron. En el dia les sabe mal á algunos censores extravagantes el que se haya batido á los filósofos con sus propias armas.

5.º La afectacion de los protestantes en querer justificar á todos los herejes á expensas de los PP. de la Iglesia, demuestra que siempre es el mismo el carácter de la herejía; despues de 18 siglos aun no ha variado. Mirándolos de cerca, vemos que aun no hay gran diferencia entre la conducta de los gnósticos y la de los protestantes. Los primeros en virtud de las superiores luces que se atribuyen, se vanagloriaban de entender y explicar mejor la Sagrada Escritura que los pastores de la Iglesia católica, los segundos quieren el mismo privilegio por los auxilios de una gracia del Espíritu Santo, que no falta nunca á ningún individuo de su secta. Los *salentianos* citaban en apoyo de sus comentarios una tradicion oculta y conservada entre un pequeño numero de iluminados; han sostenido los protestantes que en todos los

siglos ha habido en el seno de la Iglesia cierto numero de secretos partidarios de la verdad, pero que no se atrevían á declararla, ni á hacer profesion pública de su creencia; llamaron despues en su auxilio á los *albigenses*, *valdenses*, *husitas* y *wiclefitas*, sublevados como ellos contra la doctrina de la Iglesia católica. Los gnósticos se enervaban con sus conocimientos filosóficos, y preferían la autoridad de los filósofos á la de los apóstoles y sus discípulos; los pretendidos reformadores desplegaron fastuosamente la erudicion que habian adquirido con el estudio de las lenguas, de la critica, de la historia y de la bella literatura; se les creyó superiores aun en materia de teología no solo al clero que entonces la enseñaba, sino á los doctores católicos de todos los siglos. Sin embargo, la doctrina pública, constante y uniforme de la Iglesia ha prevalecido á todos los esfuerzos de los antiguos herejes; cien sectas mas recientes la han combatido en vano desde aquellos tiempos, y siempre persevera como en el segundo siglo. Basta este fenómeno para hacernos comprender donde se halla la verdadera doctrina de Jesucristo.

**Valesianos**, antigua secta de herejes, cuyo origen y errores son poco conocidos; san Epifanio hace mencion de ella, *Her.*, 58 dice que estaba en la Palestina, en el territorio de la ciudad de Filadelfia mas allá del Jordán. Tenian algunas de las opiniones de los gnósticos, pero tambien tenian otras diferentes. Lo que sabemos es que todos eran cenucios, y que no querían otros hombres en su sociedad. Si recibían algunos les prohibían el uso de la carne, hasta que estuviesen mutilados; entonces les permitían toda clase de alimentos, por que desde aquel momento los creían libres de los movimientos desarreglados de la carne. Tambien se ha dicho que mutilaban algunas veces con violencia á los extrangeros que pasaban por su país, pero este hecho no es nada probable; se hubieran armado contra ellos los pueblos vecinos y los hubieran exterminado.

Como san Epifanio ha colocado esta herejía entre las de los necianos y novacionos, se presume que existía hacia el año 240; pero no debió extenderse mucho, ni subsistir mucho tiempo. Tillemont, *Mem. para la Hist. ecles.*, t. 3.º, p. 262.

**Valle de las cotes**, prioría situada en la diócesis de Langres, á cuatro leguas de Chatillon-sur-Seine en una espantosa soledad. Es cabeza de Orden pero poco considerable, y no es mas que una desmembracion

de la de san Benito; los religiosos llevan hábito blanco. La opinion mas probable es que fue fundada á fines del siglo XII por un tal Gui, religioso de la Cartuja de Lugny.

**Valle de los estudiantes**, abadía en la diócesis de Langres, cerca de Chaumont en Bassigny, y antes cabeza de Orden de una congregacion de canónigos regulares bajo la regla de san Agustín. Por el año 1212, Guillerme, Ricardo y algunos otros doctores disgustados del mundo, se retiraron á aquella soledad, con permiso del obispo diocesano; bien pronto fueron seguidos de un gran numero de estudiantes de la misma universidad, de aqui recibió este establecimiento el nombre de *Valle de los Estudiantes*. Se aumentó con tal rapidez, que segun la crónica de Alberico, en menos de 20 años tuvo 16 casas. San Luis fundó la de santa Catalina de Paris, y otras, tanto en Francia como en los Países Bajos. El prior general de esta congregacion obtuvo del papa Paulo III la dignidad de abad para él y sus sucesores. Desde el año 1653, se unió este instituto á la congregacion de canónigos regulares de santa Genoveva. V. *Gallia crit.*, t. 4.º. Los PP. D. Marthenne y D. Duran, benedictinos, hicieron imprimir las primeras constituciones de este monasterio, que son tan istructivas como edificantes. *Viajes literarios*, t. 1.º, 1.ª parte.

**Valle umbrosa**. La Orden de religiosos de *Valle umbrosa* es una reforma de la de san Benito, hecha por san Juan Gualberto, y aprobada por el pontífice Alejandro II el año 1070. Debe su nombre á un valle muy agradable de la Toscana, en la diócesis de Fiesoli, y separado de Florencia por media jornada de camino. San Juan Gualberto, monge de la abadía de san Miniato, se retiró á aquella soledad con algunos heremitas y fundó en ella un monasterio en el que hizo seguir la regla de san Benito en toda su austeridad primitiva á la que añadió algunas constituciones. Tomó juntamente con aquellos religiosos un hábito de color de ceniza, les recomendó mucho el retiro, el silencio, y la pobreza; antes de su muerte que se verificó el año 1073, tuvo el consuelo de ver 12 casas que seguían su instituto. Se dice que es el primero que recibió hermanos conversos, uso que bien pronto fué seguido por las demás Ordenes, pero que despues produjo abusos.

**Vara**. Esta palabra tiene varias significaciones en la Sagrada Escritura; designa una rama de árbol, *Gen.*, xxx, 41, un palo de viajero, *Luc.*, ix; un cayado de pastor, *Ps.*, xxii, 4; los instrumentos de que Dios se

vale para castigar á los hombres; *Ps.*, lxxxviii, 32; Significa un cetro que es el símbolo de la autoridad; *Esth.*, v, 2; un vástago, el último varon de una familia, *Isaias*, xi, 2; los restos ó los últimos descendientes de una nacion, *Ps.*, lxxiii, 2. Por las circunstancias en que se emplea esta palabra, se conoce fácilmente el sentido.

**Variacion**. Cambio en la doctrina. Todo el mundo conoce la historia que ha hecho el sabio Bossuet de las *variaciones* que ha habido en la doctrina de los protestantes. Esta obra fué recibida con aplauso por todos los católicos; goza y gozará siempre entre nosotros del mismo aprecio porque es sólida, y nada aventura sin probarlo. No puede leerse sin admirarse de la inconstancia que han manifestado los protestantes en su creencia; desde su principio se ve que los pretendidos reformadores empezaron por romper con la Iglesia católica sin saber con certeza si su doctrina era verdadera ó falsa, á qué opinion se debia atener, y qué se debía creer ó no creer. El único principio inviolable entre ellos ha sido que era necesario á cualquier precio contradecir á la Iglesia romana.

Los protestantes han conocido toda la fuerza de esta objecion y la necesidad de responder á ella. Creyeron hacerlo esforzándose en probar que la doctrina de los PP. de la Iglesia no ha sido siempre la misma; que variaron de opinion en algunas cuestiones, que muchas veces no han sido del mismo parecer sobre algunos puntos de creencia ó de práctica. Para demostrarlo compuso Bossuet su *Hist. de la Iglesia* en 2 vol. en folio; Beau-sobre y otros han sostenido lo mismo y se han lijoneado de llevar este hecho hasta la demostracion.

Pero esta apologia no ha podido entusiasmar mas que á los espiritus superficiales que empezaron por perder de vista el punto de la cuestion. Para probar que los protestantes han variado en su fe, Bossuet no ha citado el parecer de algunos doctores de sus diferentes sectas, sino sus *confesiones de fe*, las decisiones de sus sinodos. No se propuso cuestiones que podian parecer indiferentes á la fe, sino artículos que tenían los protestantes como esencialismos, que eran segun ellos, otros tantos motivos suficientes para separarse de la Iglesia romana, y que despues han sido entre ellos causa de cisma, de division, de rompimiento de toda fraternidad.

Para contraerlos á un solo ejemplo, cuando los literanos presentaron su *confesion de fe* en la dieta de Augsburg, ó creían que la



doctrina contenida en ella era la verdadera doctrina de Jesucristo, ó no lo creían; si no lo creían cometían una impostura presentando esta doctrina como justo motivo de separarse de la Iglesia romana; si lo creían, todos los cambios que han hecho en esta *confesion de fe* han sido otras tantas *variaciones en la fe*. Lo mismo debe decirse de todas las demás fórmulas de doctrina redactadas tanto por los luteranos como por los calvinistas.

Así que para convencer á la Iglesia romana de haber variado en su fe, necesitaban alegar decisiones contradictorias en el mismo dogma de fe, hechas por concilios generales, ó por concilios particulares generalmente respetados por los católicos. Se necesitaba demostrar que los PP. que tuvieron opiniones diferentes de las que se siguen ahora, las propusieron como dogmas de fe, de los que no era lícito separarse. Era necesario demostrar que aun cuando los PP. no hayan sido como herejes á los que no pensaban como ellos; y que se separaron de ellos por no poner en peligro su salvacion. Era necesario probar que puntos de doctrina creídos en el día en la Iglesia católica como artículos de fe, son contrarios al asentimiento unánime ó casi unánime de los PP. Ninguno de los protestantes lo ha conseguido, ni aun uno solo ha osado intentarlo.

Cien veces les hemos dicho que la opinión particular de dos ó tres PP. de la Iglesia, ni es una decision, ni una tradicion, ni un dogma de fe; sobre todo cuando es contrario al de otros muchos doctores igualmente respetables; que nunca la Iglesia católica se ha hecho ley de seguirlos; que como observó Vicente Lirinese en el V siglo, una tradicion ó artículo de fe es lo que ha sido enseñado por el mayor número de PP. en todos los lugares y en todos los tiempos; *Quod ab omnibus, quod ubique, quod semper*. No importa; como interesa á los protestantes suponer lo contrario para engañar á los sencillos, nunca desistirán de ello. V. TRANICION.

Si confesiones de fe redactadas por ellos con la mayor ostentacion, si las decisiones de los sínodos á que todos sus doctores están obligados á suscribir, si las fórmulas de doctrina, pasadas en autoridad de cosa juzgada, y ordenado bajo penas alictivas, no bastan para manifestarnos lo que creen ó lo que no creen; ¿cómo podremos saber si tienen fe ó si no la tienen?

**Variantes.** Así se llaman las diferentes lecciones que se hallan entre los varios

ejemplares impresos ó manuscritos, tanto del texto de la sagrada Escritura, como de las versiones.

Cuando es muy antiguo un libro, y que se ha copiado una infinidad de veces, es imposible que no haya variedades entre las diferentes copias; no puede ser tan exacta la atencion de los copistas para evitar las fallas mas minimas; así que, cuanto mayor sea el número de copias, tantas mas *variantes* debe haber en ellas. Esto mismo ha sucedido con respecto á los autores profanos, que con los escritos de los autores sagrados. Tambien hay alguna clase de fallas hechas de intento, pero sin malicia, como cuando un copista ha variado un nombre de un lugar antiguo en un nombre moderno mas conocido, cuando ha introducido en el texto una nota ó explicacion que estaba al margen, cuando ha creído que habia una falta de escritura en el ejemplar que copiaba, y la ha querido corregir, etc.

Aunque haya habido una multitud de *variantes* entre los manuscritos de algunos autores griegos ó latinos, esto no nos impide el fiarnos en las ediciones en que se ha tomado gran trabajo para corregirlas; por el contrario, cuantos mas manuscritos se han confrontado, tantas mas faltas se han corregido, y tanto mas seguros estamos de tener por último el texto del autor puro y entero. No vemos porqué algunos críticos sospechosos han razonado de diverso modo con respecto á los libros de la Sagrada Escritura.

Cuando el doctor Mill, teólogo inglés, despus de haber comparado un gran número de ejemplares griegos del nuevo Testamento, recogió todas las *variantes*, y las anunció en número de mas de treinta mil, desde luego se creyó que la autenticidad del texto recibiría de esto algun dano, y anticipadamente triunfaron los incrédulos. Pero cuando las imprimió al lado del texto, vimos que el mayor número son minuciosas, indirectas, no cambiando en nada el sentido de los pasajes; que si algunas varian la significacion, es sobre objetos poco importantes, y no sobre ninguno de los dogmas de fe. Se ha observado que aun en este caso puede la leccion comun ser todavía la mas segura, y que lejos de poner en duda la autenticidad ó integridad del texto, estas variedades la prueban invenciblemente.

Lo mismo ha sucedido con las *variantes* del texto hebreo, que el doctor Kennicot ha cuidado de recoger con toda la exactitud posible; al principio las habia anunciado importantes; despues de impresas, apenas

se hallan algunas que cambien notablemente el sentido, y que merezcan la atencion de los teólogos. En el prospecto de este trabajo inmenso, hace el autor una observacion que no se debe descuidar, y es que cuanto mas antiguos son los manuscritos hebreos, tanto mejor convienen con las antiguas versiones y con el nuevo Testamento. Hay, pues, lugar á presumir que posemos por último el texto hebreo en toda su pureza, y que el atrevimiento con que algunos críticos han supuesto fallas en él, no es un ejemplo que debe seguirse.

Todavía se debe vituperar con mas razon la temeridad de algunos protestantes que nunca dejan de sospechar *variantes*, adiciones ó interpelaciones en el texto de los autores, cuando no conviene con sus opiniones. Si fuese legitimo este método, no podríamos fiarnos mas en ningún monumento antiguo, y si se admitiese en los tribunales, los títulos de nuestras posesiones no servirían ya de nada. Cualquiera uso que se haga de él, no puede dirigirse mas que á establecer el pironismo histórico. V. CARICIA.

**Vaso.** Esta palabra es muy general en la Sagrada Escritura, y designa cosas muy diferentes. 1.º Hablando del tabernáculo y del templo, significa todo lo que está contenido en él, tanto para adorno, como para el servicio del culto divino; en el mismo sentido, *Matth.*, xii, 29, designa los muebles de una casa. 2.º *Vasa psalmi, vasa cantici*, son instrumentos de música de toda especie. 3.º S. Pablo llama *vaso* á nuestro cuerpo: «Llevamos la gracia de Dios en vasos frágiles.» *II Cor.*, iv, 7. «Sepa cada uno poseer su *vaso* en la santidad.» *I Thes.*, iv, 4.º Jacob queriendo decir que sus dos hijos, Simeon y Levi, eran guerreros feroces é injustos, los llama *vasa iniquitatis belianita*. *Gen.*, xlix, 3.º En el *Pro.*, vii, 14, las flechas mortíferas se les llama instrumentos de muerte, *vasa mortis*. 6.º Esta misma palabra designa una persona de que Dios quiere valerse como de un instrumento para ejecutar su designio. *Act.*, ix, 45. Dice Dios que S. Pablo es un *vaso de eleccion*, ó mas bien un instrumento que ha elegido para llevar su nombre á las naciones, etc. Este mismo apóstol llama *vasos de misericordia, vasos de gloria* á los que Dios se ha dignado llamar á la fe; y *vasos de cólera, vasos de ignominia*, á los que deja en la infidelidad. *Rom.*, ix, 21 y sig. «Si Dios, dice, queriendo manifestar su cólera y demostrar su poder, ha sufrido con mucha paciencia los *casos de cólera* preparados para la perdicion, etc.» esto no significa que

Dios los ha criado para la cólera, y que los ha preparado expresamente para perderlos, sino que ellos mismos se han determinado á perecer. De otro modo no seria cierto el decir que Dios los ha sufrido con mucha paciencia para manifestar su poder. No manifiesta Dios su poder condenando á los malvados, sino convirtiéndolos y salvándolos. Así lo explica S. Juan Crisóstomo, *Homil.* 16 *in Epist. ad Rom.*, n. 8. *Op.*, t. 9, p. 616; S. Basilio, *Op.*, t. 2, p. 77; S. Agustín, *ad Simplic.*, l. 1, n. 18, t. 6, Col. 99.

**Vasos Sagrados.** Así se llaman los *vasos* que sirven para consagrar y contener la Eucaristía, como las patenas, los calices, los copones, las piscinas, etc. No se emplean en este uso sino despues que los ha consagrado y bendecido el obispo con oraciones y unciones. Es antigua esta práctica puesto que está prescrita por el sacramento de S. Gregorio, *edit. de Menard.*, p. 154 y 155. Pero no es su autor este pontífice, puesto que no hizo mas que ordenar y copiar el sacramento del papa Celasio, escrito en el V siglo, y este último no se dió por inventor de las oraciones y ceremonias que contenía. San Crisóstomo á principios de este mismo siglo escribía á los obispos de las Galias, que las oraciones sacerdotales eran de tradicion apostólica, y que otan unánimes en toda la Iglesia católica.

Los vasos consagrados para servir en nuestros santos misterios no deben ya emplearse en usos profanos; no se permite tocarlos á los simples legos ni aun á los simples clérigos, sino con el consentimiento del obispo; pero se concede permiso á los sacerdotes, y aun á las sacerdotisas entre las religiosas. Así significa la Iglesia su respeto al cuerpo y sangre de Jesucristo, que cree realmente presente bajo los símbolos eucarísticos. Los protestantes que ya no tienen esta fe, colocan en la misma clase los *vasos* que sirven para su cena, que los muebles mas viles, y tratan de supersticion á las bendiciones y consagraciones usadas en la Iglesia romana. Es un absurdo, dicen, el pensar que las ceremonias pueden comunicar una especie de santidad á un vaso, á un mueble, á un cuerpo cualquiera. Hemos probado lo contrario en la palabra CONSAGRACION, con pasajes terminantes del antiguo y nuevo Testamento, y hemos manifestado que los protestantes que no cesan de remitirnos á la Sagrada Escritura, no la consultan ni tienen miramiento alguno.

**VELO.** Pieza de gasa ó de tela ligera que cubre la cabeza y un parte de la cara. El uso